

# Cine experimental

Título:

Comentario a dos films españoles

Autor/es:

Serrano de Osma, Carlos

Citar como:

Serrano De Osma, C. (1945). Comentario a dos films españoles. Cine experimental. (6):370-372.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42682>

Copyright:

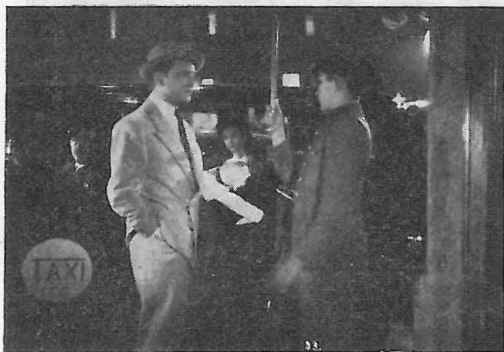
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



**FilmoTeca**  
de Catalunya

CRITICAComentario a dos films españoles*La vida en un hilo.*

CON escasa diferencia de tiempo han sido estrenados en Madrid dos films españoles de los que podemos obtener provechosas enseñanzas. Nos referimos a *La vida en un hilo*, de Edgar Neville, y *Espronceda*, de Fernán. Ambos, además, han sido escritos por sus realizadores, lo que permite un juicio amplio acerca de la labor de los mismos, si los consideramos desde el punto de vista por ellos intentado de artistas creadores.

*La vida en un hilo* es una película fresca. Todo lo que en ella vemos y oímos posee un excelente sentido de sinceridad. El autor vió el film como un exponente

magnífico de sus conceptos sobre la vida diaria: el amor, el dinero, la felicidad... Desde este ángulo personal, la película está plenamente lograda. Responde justamente a la ambición inicial de Neville. El film transcurre de acuerdo con el impulso que le da vida. Es, por ello, el tono general de humana frescura que señalamos. Rara vez el cine español nos comunica un mensaje emotivo tan directo como este de Neville. Acostumbrados a los tonos de media expresión, tan corrientes en el cine de nuestro país, *La vida en un hilo* agrada, primero, por su valentía. El decir, en arte de imágenes, lo que se siente es virtud casi desconocida por nuestros cinematografistas. Por ello este cordial envío de Neville convence y conmueve.

Y no sólo por la mencionada sinceridad, sino también por la robusta salud de la tesis moral que propugna. *La vida en un hilo* es un film de combate. En él sale malparada la estulticia, la mediocridad, el sentido falso y bastardo de la existencia, el ridículo transcurrir diario de las gentes grises. Con tino, como en sus mejores tiempos filmicos —*Falsos noticiarios*, *La señorita de Trevélez*, *El malvado Carabel*—, dispara Ne-

ville los finos dardos de su simpática ironía. La película da al traste con el tópico, y exalta la vida alegre y desenfadada, la vida que responde al dictado de la propia conciencia, lejos del convencionalismo y de la mentira.

Estas son las mejores virtudes del film.

En cambio se aprecia en él una ausencia casi absoluta de sentido cinematográfico, una despreocupación, en cuanto a la forma, exagerada y demasiado desdenosa. Y una ausencia de principios elementales de buen cine, inexplicable e innecesaria.

Edgar Neville, subyugado por la novedad y la gracia de un asunto personal, ha eludido la ocasión de realizar concienzudamente un film de buena técnica, como corresponde a su gran tema. Sin embargo, tanta es la fuerza de éste, que *La vida en un hilo* cautiva desde el primer instante, para satisfacción del público y honor del cine nacional.

*Espronceda*, en cambio, es una película convencional. Nada de lo que en ella ocurre parece cierto, al contrario de *La vida en un hilo*, donde, sin serlo, todo lo parece. *Espronceda* es una lucubración escénica de talla, pero nada más. Representa el predominio del cálculo sobre el sentimiento. Friamente ha sido preparado el asunto. Friamente concebido el guión. Friamente trasladado a película. *Espronceda* renuncia a la servidumbre que su poético título debiera imponerle. No es un film arrebatado ni sentido. No es un film realizado con el corazón. Falta en *Espronceda* ternura humana, calor verídico, hálito cordial. Fácilmente se huye en él de cuanto hubiese podido ser origen de contraste emotivo. *Espronceda* no es aquí un arrebatado poeta, sino un pobre hombre sumido en el oscuro abismo de su tragedia íntima. Se ha eludido en la película toda posibilidad dramática segura. Y el film transcurre lento, sin pena y sin gloria.

No obstante hay en la línea general de la realización considerables aciertos que no deben ser silenciados. Fernán Justifica, en parte, su desafortunado cometido

para dibujar personajes, caracteres y reacciones, al entregarse de lleno, plenamente, a la compleja tarea de una construcción técnica minuciosísima. Se adivina cada plano detenidamente concebido, duramente elaborado. Se adivina el plan íntegro de rodaje, pensado, obsesante, pendiente el autor de mil detalles, a veces minúsculos; temeroso de ligereza en su primer cometido de amplitud creadora. Se advierten la preocupación, los desvelos, el sentido de la responsabilidad. Y se advierte la magnificencia parcial del resultado en planos perfectos de composición y juego, sin fallos ni titubeos. Pero no basta; naufraga la cinta en medio de la indiferencia que emana de su trama, acéfala y sin nervio. Se salva el realizador técnico y perece el autor y el guionista, mientras un grupo



*Espronceda.*

de intérpretes, vacilantes, contemplan con asombro cómo se les escapa de las manos el triunfo que fácilmente hubiesen podido merecer.

Dos films españoles: *La vida en un hilo* y *Espronceda*. La película sentida y la película pensada. La espontaneidad y la preocupación. Lo sincero y lo artificioso. Lo que es y lo que pudo haber sido. Económicamente, lo comedido y lo desorbitado.

Tomen ustedes todos buena nota.

CARLOS SERRANO DE OSMA



# "Siguiendo mi camino"

Rara vez aborda el cine yanqui temas de línea sencilla. Si existe algún cinema esencialmente espectacular, él lo es. Las máximas concesiones a la estridencia, unidas al más desalmado de los convencionalismos, parecen ser la pauta de sus más preciadas producciones. Todo es publicidad y alta tramoya en Hollywood.

Pero cuando un productor o director



*Siguiendo mi camino.*

americano se decide a dar forma a un argumento recto y limpio, el logro suele superar en categoría artística a todos los intentos similares de los demás países cinematográficos.

Así, ayer, *El mundo marcha*, *Angel peccador*, *El destino de la carne*, *La escuadrilla del amanecer*, *El séptimo cielo*, *El poder y la gloria*.

Así, hoy *Siguiendo mi camino*, de Leo Mac Carey.

El eterno problema de lo viejo y lo nuevo, la pugna entre el espíritu aferrado a la rutina y a lo preestablecido, y las ideas jóvenes y vigorosas, encuentra aquí exacta expresión cinematográfica, en pausada y cadenciosa ordenación narrativa, graduada y medida con un excelente sentido de la belleza.

Todo el film lleva en sí un dulce patetismo. Hay secuencias de impresionante ternura: aquella en que el anciano evoca

a la madre ausente, dejándose arrullar mientras surge una canción de cuna en la cajita de música; aquella en que el joven cura canta «Going my way» para la pareja mal unida, y aquella otra, final de la película, en que marcha el hombre vinculado a su época, a otra parroquia, a despertar la confianza y la fe en nuevos lugares, dejando atrás a Santo Domingo—en su barrio pobre de Nueva York—, pleno de optimismo por la nueva vida y a un tiempo impregnado de nostalgia por la partida de aquel a quien tanto debe.

Se busca la técnica en *Siguiendo mi camino* y no se encuentra. El más primitivo medio de expresión cinematográfica ha sido empleado por Mac Carey. Todo transcurre sin efectismos, y el film contrasta, por su limpia sencillez, con la cinematografía de alarde, ahora tan en boga—verbigracia, *El cuarto mandamiento*, de Welles—. Todo está resuelto a base de planos simples, sin encuadres rebuscados, eludiendo toda posible tendencia al virtuosismo o a la deformación, supeditando el interés al relato, sin tratar de suscitar aquél por medio de malabarismos más o menos atractivos.

Tema honrado el de *Siguiendo mi camino*, servido por una técnica honrada. Interpretado con singular justeza por Bary Fitzgerald, en el papel de viejo sacerdote, y por Bing Crosby, en el de joven, es un film de este tiempo y de todos los tiempos, por la grandeza y amplitud de su asunto, servidor de altos designios morales y estéticos.

Al igual que otras cintas de grandes temas educativos—*Camino de la vida*, *Sangre joven*, *Hombres de mañana*—, *Siguiendo mi camino* cumple una misión superior en cuanto a sus fines: enseña a amar y a comprender. Esta es la gran virtud de la película yanqui a quien Hollywood ha otorgado tantos y tan merecidos galardones.

C. S. O.